



LOS LUGARES DE EXCEPCIÓN CONVERSACIONES CON ENRIQUE NIETO



Invitado internacional:

Enrique Nieto F.

**Dr. en Investigación en Arquitectura
y Urbanismo Sostenibles**

**Profesor Titular de Proyectos Arquitectónicos
Universidad de Alicante, España**

Entrevistador:

Eugenio Ferrer R.

Mag. en Artes

Coordinador Línea Vinculante

Facultad de Arquitectura y Artes UACH

Valdivia_marzo-abril_2023

Introducción

Estos diálogos con Enrique Nieto han sido posibles en el contexto de su visita a la Facultad de Arquitectura y Artes de la Universidad Austral de Chile en marzo de 2023. Más precisamente, la invitación fue extendida por la denominada Línea Vinculante de la Facultad con el propósito de ampliar e intensificar el debate sobre entornos creativos contemporáneos e incitar el despliegue de epistemologías transdisciplinarias.

La Línea Vinculante es un espacio curricular singular, que

reúne a las cinco carreras de la Facultad (Arquitectura, Artes Visuales, Creación Musical y Sonora, Creación Audiovisual y Diseño) donde docentes y estudiantes participan en cursos integrados, tendiente a incorporar e incrementar saberes y prácticas combinadas. Es, desde luego, una aspiración para transitar por regiones transdisciplinarias, una apuesta por implicar a la comunidad en flujos y articulaciones más dúctiles, interactivas e híbridas que las especializaciones normativizadas o los currículos propios de las disciplinas tradicionales. La incipiente trayectoria de la línea encuentra, sin embargo, estos propósitos todavía en un estado latente, pero promisorio; un desarrollo que está aún por movilizar un mayor potencial.

En este sentido, la convocatoria a Enrique no ha sido arbitraria, sino producto de conocer su fecundo trabajo editorial y su rica trayectoria académica ligada a la Universidad de Alicante (España), donde ha desarrollado, precisamente, valiosas líneas de investigación en torno a las prácticas emergentes del arte y la arquitectura contemporáneos.

Si bien Enrique había viajado a Chile en varias ocasiones, es la primera vez que visita la ciudad de Valdivia y la Universidad Austral. En esta ocasión dictó una aclamada charla magistral en la concurrida inauguración del año académico 2023 de la Facultad, e impartió el seminario para académicos de la Línea Vinculante denominado



“Prácticas creativas y transdisciplina. Desafío para los nuevos tiempos”. En su corta, pero fructífera visita, he sido testigo de cómo Enrique se las arregla, con una facilidad envidiable, para estimular el debate provocando a los docentes a desplazarse de sus zonas más confortables. En ese proceso, los invita a repensar ontologías rígidas y hegemonías verticalistas –muchas veces inadvertidas; los impulsa a discutir los cánones establecidos y abrir espacio a lo inesperado; en suma, los anima a constituir las prácticas, dentro y fuera del aula, como verdaderos lugares de excepción.

Este documento –en formato de conversaciones– se origina en aquellos espacios intersticiales de la agitada agenda de Enrique durante una semana, en varias horas de amenos y extensos diálogos en Valdivia, que continuaron desarrollándose en intercambios posteriores más formales. Si bien estas conversaciones abordan algunas líneas de trabajo propuestas por Enrique en el Seminario, también transitan por derivas más amplias en las lógicas contemporáneas de las prácticas creativas. Por lo tanto, no pretenden presentarse como síntesis de lo realizado en su visita, sino como aporte complementario a los tópicos vertidos en sus presentaciones.





ENTREVISTA

Cuerpos y afectos

Eugenio Ferrer:

Las lógicas posmodernas, correlativas de lo que F. Jameson denomina como capitalismo tardío, configuran intercambios ultramediatizados y mercantilizados en (casi) toda forma de producción y consumo, incluidos los bienes culturales. Los escenarios contemporáneos de las relaciones sociales (si algo así es posible hoy) tienden hacia formaciones sociales extremadamente fragmentarias, volatilidad de los vínculos, inseguridad e inestabilidad como constantes, entidades difusas, participación por delegación, etc.

Nuevos sujetos emergen en este escenario; nos interesan especialmente aquellos a partir de procesos de emancipación, decolonización y resistencia política. Estos tienden a generar múltiples y difusas pertenencias o formas de no pertenencia alguna, presentan importantes desplazamientos en los focos de las luchas colectivas y ponen énfasis en los grados de transformación política. En relación con esto último, propongo dos (sin ser exhaustivo): por una parte, el reconocimiento de una cierta imposibilidad de transformaciones políticas más profundas, asumiendo prácticas subalternas de subjetivación limitadas o marginales (por ej. movimientos 8M, organizaciones LGTB, etc.), o por otra, prácticas derivadas (y en contra) de las propias lógicas del capitalismo multinacional-informacional (hiperconectividad, deslocalización, tecnificación de los entornos, etc.), pero que resultan extremadamente focalizadas (por ej. hackers, WikiLeaks, etc.).

En estas formas de acción, se deja entrever una política de y sobre los cuerpos, ya sea asumiendo la incorporealidad (“o una liberación del espacio de la carne”, en tus palabras) propia de las redes sociales y las aplicaciones

de inteligencia artificial; o, por el contrario, el caso de ciertos movimientos transgénero (u otros), como una sobreexposición de los cuerpos en tanto campo directo de disputa biopolítica.

En tus planteamientos has resaltado este factor asociado a la corporalidad. Entonces ¿qué lugar ocupa la corporalidad o cómo se inscribe en las prácticas emergentes y de resistencia o creación cultural que fomentas, y en qué medida la noción de “afectos” está asociada a estas ideas y forma parte de la ecuación?

Enrique Nieto:

En mi caso la corporalidad es un hallazgo que vincula una parte de las lecturas que ‘me interesan’. Entrecomillo esta expresión por su doble sentido. Por un lado me atraen, me excitan, me parecen pertinentes para interpretar el presente y a la vez como líneas de fuga deseables respecto de un presente del cual no nos dejan ver sus alternativas. Por otro lado, me atraviesan, no dejan de interpelarme en lo que siento y vivo cada día. Esta idea de atravesamiento me parece central para seleccionar y acercarme a aquellas ideas y prácticas con las que quiero entrar en relación. Ante la enormidad de las fuentes, referencias y perspectivas que nos llegan a diario, creo que el modo como nos atraviesan es una clave fundamental para pensar y actuar juntas.

Digo que es un hallazgo porque no provengo de una cultura del uso y disfrute del cuerpo en términos positivos. Me formé en la España posfranquista, donde el vínculo con el cuerpo era cuando menos un mal síntoma. La fuerza del ‘hombre’ venía sobre todo de sus capacidades racionales, y estas eran formateadas



Proyecto Ventanas del entrecruzamiento de estudiantes de la Línea Vinculante. Prof. Manuela Jacard.

en términos normativos y fácilmente controlables. En aquellos años, el uso del cuerpo era, eso sí, un símbolo de resistencia, el último reducto; allí convivía tanto el pecado como la rebeldía, pero siempre atrapado por una dialéctica de culpabilidad y liberación.

Creo que las nuevas epistemologías, como las que citas, hacen un uso del cuerpo más liberador y propositivo, quizás solo más evolucionado por cuanto más colectivo. Ya no estamos solos e invisibilizados en el uso de nuestros cuerpos, sino que las distintas corporalidades producen formas diferentes de comunidad y maneras de estar en el mundo.

Este descubrimiento se me hizo muy patente al conocer las propuestas para un 'pensamiento débil' de Gianni Vattimo, donde explica que, frente al caos y desorden del mundo, el calor de un cuerpo es algo que nunca nos falla. No olvidemos que Vattimo es homosexual en un país de profunda tradición católica como es Italia. Pero ahora mismo, estamos disfrutando de unas propuestas que avanzan incluso hacia una corporalidad capaz de escapar a cualquier forma de naturalismo y vinculación con identidades fijas. Una corporalidad de la que se asume incluso su condición amorfa o abyecta, enferma o disfórica, extraña y temible.

Y como correlato de las corporalidades aparece la cuestión de los afectos, en su calidad de red de vínculos que emergen 'cuerpo a cuerpo' y que forman espesas redes de relaciones capaces de crear acontecimientos allá donde los excesos neoliberales solo ven objetividad o productividad. Me interesan, por tanto, los cuerpos y los afectos como lugares de resistencia política y como lugares para la emergencia de lo nuevo por venir; como lugares 'extraños' a las lógicas productivistas donde poder ensayar formas alternativas de estar juntas; como escenarios siempre por hacer, propicios para la imaginación política.



Textura política de las prácticas creativas

Eugenio Ferrer:

Es posible reconocer una tendencia permanente del discurso artístico (una herencia modernista) de separar las condiciones económicas y/o sociales de las prácticas del arte (desde l'art pour l'art), como lugares ajenos a los problemas que no sean exclusivamente propios de una determinada disciplina; así también como expresión de la libertad artística, como un fin en sí mismo, etc.

En tus exposiciones has destacado el papel de las prácticas que desplazan a los saberes, especialmente los saberes normativos, patriarcales y autoritarios. Desde cierta perspectiva interpretativa este punto de vista implicaría, casi, una defensa de la autonomía del arte (o de la arquitectura o cualquier disciplina afín). Es decir, los "saberes" serían una especie de intromisión, un intruso



extraño en las “prácticas” operatorias. Sin embargo, sin apresurarse, hay que señalar que estas prácticas no se presentan, en tu discurso, como un mero pragmatismo profesionalizante, sino como práctica de aprendizajes colectivos para deconstruir hegemonías e incentivar una textura política en las prácticas creativas. Incluso es posible advertir ciertas formas de activismo contestatario desde, por ejemplo, la arquitectura.

Entonces, si acogemos la premisa (de filiación foucaultiana) donde los discursos construyen tecnologías y las tecnologías construyen discursos (para citar tus palabras), ¿cuál es el sentido que otorgas al signifiante “político” en tus planteamientos y en tus propuestas de acción performativa? ¿Qué alcance tiene y cuál es el valor o estatuto de los saberes en esta operación?

Enrique Nieto:

En mi trabajo reflexivo, no puedo desligarme de mi condición de profesor de taller que opera desde una experiencia encarnada y situada. Yo no soy un teórico que confronta sus ideas con otras ideas para jugármela en el campo de la hermenéutica o de la dialéctica. Mi perspectiva arranca siempre de la pregunta por el estudiante, por la universidad y por la arquitectura en un mundo como el que nos ha tocado vivir. Son preguntas pragmáticas que emergen cuando miras a los ojos a un/ una estudiante de 20 años y tienes que decirle cosas con sentido, con un sentido compartido para ambos y no solo para mí. Por eso apelo al mundo común donde vivimos. Y ambos habitamos el mundo haciendo prácticas, prácticas que, por supuesto, articulan saberes, éticas y estéticas particulares. No se trata, por tanto, de una confrontación entre saberes y prácticas.

De manera particular, me gusta abordar los saberes desde su condición abstracta, pero soy consciente de que necesitamos de una disposición ética para que esos saberes se articulen en prácticas materiales. Por

eso insisto en el valor de las prácticas; pero lo que me interesa de ellas es cómo se ha realizado la traducción de los saberes. Y ahí, insisto, aparece la ética como un asunto fundamental. Creo que el aula no es un espacio adecuado para el aprendizaje; se trata de un espacio demasiado ‘recortado’ del mundo. Pero creo que sí es un buen lugar donde ensayar estas articulaciones entre saberes y prácticas y, además, para hacerlo colectivamente.

Este tipo de abordajes de los saberes es especialmente urgente para el caso de las disciplinas modernas, ya que tienen una base profundamente colonial. Tanto el museo como la universidad son las dos grandes instituciones del proyecto ilustrado que garantizan la normalización del mundo. Podríamos pensar que la arquitectura moderna es, sobre todo, un gran proyecto colonial. La arquitectura moderna consiguió que, en muy pocos años, casi todas las ciudades del mundo tuvieran la misma apariencia y funcionaran de la misma manera. En muy pocos años, repito. El mundo en que vivimos hoy no tiene esas urgencias coloniales, queremos ir más despacio. La universidad ya no puede ser el lugar donde





se garantiza la rápida adquisición de un instrumental genérico para la ocupación del mundo, sino sobre todo el lugar donde se discuten colectivamente los efectos de dichos instrumentales y se proponen otras alternativas. Es un lugar 'protegido' para poder desacelerar la inmediatez programática impuesta por el neoliberalismo omnipresente, para poder hacer frente a los retos del presente y no tanto para obedecer los mandatos que otros nos han impuesto.

Redes y conexiones: in; trans, meta

Eugenio Ferrer:

En tu discurso has comentado el estado actual de la institución-universidad (utilizo aquí el término institución en el sentido que le da Peter Bürger), especialmente en lo que se refiere a las disciplinas del arte y la arquitectura. Se ha hablado de un cierto estado de crisis que podríamos sintetizar (desde la perspectiva que estamos tratando) como una suerte de desconexión o desacoplamiento entre, por una parte, la formalidad academicista de las disciplinas tradicionales (valga la redundancia) con sus bordes rígidos y currículos más o menos impermeables a otras experiencias, y por otro, una praxis contemporánea intertextual, dúctil, blanda, con multicapas operando simultánea y vertiginosamente, de identidades líquidas, de contornos borrosos, actores-red, etc.

No obstante, en tu opinión la universidad sigue siendo un espacio válido para el desarrollo humano y la libertad de pensamiento. Entonces ¿cómo es posible incorporar currículos in-disciplinados o lógicas transdisciplinarios o, más aún, meta-disciplinarios en una institución (que tiene más de ocho siglos) y en muchos aspectos, en tanto institución, tiende a ser conservadora, burocrática, agobiada por sus propios dilemas financieros y administrativos, regida por estándares de calidad preestablecidos, una tendencia

creciente hacia la productividad tecno-económica y la preocupación gerencial por los rankings competitivos entre instituciones, donde la práctica académica desde luego no es ajena a todo esto?

Enrique Nieto:

Aunque es verdad que la universidad tiene ya una larga vida y ha discurrido en diferentes contextos, lo cierto es que yo me refiero a la universidad de investigación que se consolida en el siglo XVIII al amparo del proyecto ilustrado de corte colonial e imperialista. Y lo hago así porque, como institución, se trata de un proyecto político que pone los saberes en el centro, que discrimina a quien sabe de quien no sabe e impone una autoridad derivada de esa diferencia. Una autoridad que hoy en día va asociada a un valor económico. En esta línea, hay investigadores como Armen Avanessian que afirman que la imagen de una universidad desligada de los problemas que plantea nunca ha existido; que la universidad de investigación siempre se pensó desde su dimensión económica, como una institución capaz de crear valor económico con los saberes y con los saberes que unos pocos ostentamos a modo de privilegios.

A lo largo de mi vida académica he transitado por todos los niveles de la universidad. He estado con los estudiantes de primer año y he diseñado planes de estudio, he dirigido grupos de trabajo y me he visto inmerso en conflictos muy dolorosos. Finalmente, he llegado a la conclusión de que el aula es el mejor lugar donde realizar todo tipo de activismo in-disciplinado. Es el lugar más protegido y, por eso mismo, el más delicado. En el aula puede suceder lo mejor y lo peor. Es el lugar para la promoción de la libertad y para la presencia de la opresión más indigna. Y, a veces, uno mismo pasa de la una a la otra apenas sin darse cuenta. Poder trabajar desde la fragilidad del aula es un privilegio del que no somos del todo conscientes. A menudo veo a profesores



Proyecto Caimara Oscura de estudiantes de la Línea Vinculante. Prof. Alejandro Weiss.



y profesoras quejarse de que no podemos hacer lo que querríamos hacer si estuviéramos menos constreñidos. Bueno, esto es verdad, pero también lo es que el aula ofrece resquicios para casi todo; aunque es cierto que sin un entorno que nos haga sentir fuertes y acompañados todo es mucho más difícil porque el resentimiento hace acto de presencia en modos insospechados.

Trabajar con lógicas transdisciplinarias exige cambios profundos en nuestros modos de estar en la universidad. Exige, por ejemplo, trabajar mucho para constituirnos en comunidades de aprendizaje, más o menos pequeñas, pero donde el flujo de los afectos esté garantizado. Exige formarnos en asuntos meta-disciplinarios, como mencionas; exige poner en primer plano la disposición ética de cada profesor/a y estudiante y suspender el juicio, tener paciencia, trabajar a largo plazo. Es un camino ciertamente agotador que debe producirnos gratificación en forma de lazos afectivos e intelectuales. Y claro, gran parte de la dificultad para poner en práctica estos asuntos es que la universidad no es muy proclive a asumir estos riesgos; de ahí la necesidad de encontrar formatos de pensamiento, acción y comunicación que vayan dando cuenta de lo que hacemos.

Los referentes ¿indiferentes?

Eugenio Ferrer:

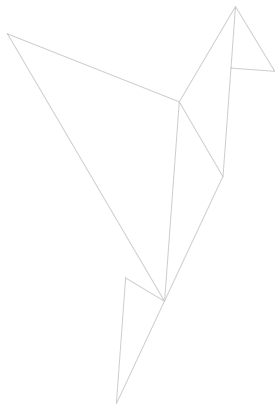
En una de las jornadas del Seminario has formulado la pregunta por los referentes y su importancia. Es posible que la noción de referente sea más fácilmente reconocible o más incidente en el ámbito de la arquitectura que en otras disciplinas de la Facultad, pero en cualquier práctica artística podemos reconocer imágenes (en un amplio sentido del término) que operan dentro de lo que podríamos llamar el estado de una lengua (algo así como el campo de lo concebible, el hábito dominante, los imperativos modales, la insinuación de modulaciones,

etc.); estado del cual no es posible sustraerse, al menos no tan sencillamente. Por tanto, resultaría una ingenuidad desconocer la incidencia e importancia de los referentes como aquellos significantes, modos de hacer y formas de recepción existentes y dominantes en un momento dado, y que esos significantes, modos de hacer y formas de recepción despliegan lógicas que intentan expandirse y producir subjetividad (quizás cabe aquí la noción de subjetividad como “sujetar a los sujetos”).

Como sea, estos referentes tienen relevancia en tanto son operativos, actúan sobre los procesos creativos, en su producción y recepción. Ya las teorías decoloniales han enfatizado la incidencia del régimen de imágenes y lenguajes que operan imperativamente desde una cultura hacia otra. Entonces, ¿qué hacer con ellos? ¿Confrontarlos, desplazarlos, desvirtuarlos? ¿Cómo tratas con los referentes en las propuestas de prácticas creativas que fomentas para que no reproduzcan (inconscientemente) regulaciones, mandatos, estéticas y saberes no deseados, cuestionados o en disputa?

Enrique Nieto:

Abordar la cuestión de los referentes implica entender el papel que ocupan en el proceso de aprendizaje de la arquitectura. Es decir, observar cómo aparecen y la autoridad que detentan. Como persona formada en el pensamiento occidental y como académico y arquitecto formado en el Madrid de los 80, es impensable imaginar un aprendizaje del proyecto sin referentes; lo llevo ya en los genes y no voy a prescindir de ellos, al igual que tú. Sin embargo, insisto en la imagen de un estudiante de 20 años que te mira a la cara cuando le hablas de Le Corbusier. En mi caso, ya no podría sostenerle la mirada con seriedad, tendría que sonreír, ya que hay un truco. Cuando estudiaba en Madrid, nos hablaban de los maestros y por las tardes íbamos en grupo a ver sus obras. Igualmente, una o varias veces al año



íbamos de viaje a ciudades como París a ver el trabajo de Le Corbusier y otros maestros. El aprendizaje todavía mantenía un cierto ‘carácter de vecindad’. Todo esto cambió cuando comencé mi trabajo en la Universidad de Alicante, una ciudad del mediterráneo español sin gran tradición arquitectónica ni cultural. Para mis estudiantes, hablar de estos mismos referentes era hablar de seres muy lejanos, casi mitológicos, que tocaban temas que para ellos no eran relevantes. Además, no siempre se podía viajar con facilidad. Fue entonces que comenzamos a cuestionar el papel que los referentes podían tener en el aula, y empezamos a ampliar el ‘nosotros’ al que aludimos cuando nos referimos a la gran familia de la arquitectura. De nuevo, pudimos sentir que también se accede a los referentes a través de prácticas materiales que no siempre están disponibles de la misma manera. Me interesa mucho esta idea del ‘nosotros’. Porque son precisamente los referentes los que definen ese ‘nosotros’, y este aspecto es crucial para pensar en cómo se socializa y se construye la idea de arquitectura. Y creo, de nuevo, que el aula es el lugar donde se define ese ‘nosotros’, a menudo de manera inconsciente, ya que es el lugar donde ‘autorizamos’ el acceso de unos pocos en detrimento de otros. Esta capacidad que tenemos de autorizar o no el acceso es la que debemos problematizar, porque los

referentes van a ‘entrar’ en el aula queramos o no. Los estudiantes usan Pinterest o la inteligencia artificial para comprender rápidamente de qué les estamos hablando o qué expectativas tenemos sobre sus producciones, y para hacerse fuertes en sus propias referencias. Pero nosotros tenemos la oportunidad de gestionar cómo abordarlos, cómo operar con ellos, qué papel queremos asignarles en el aula, etc. En definitiva, somos nosotros los que definimos sus lugares de autoridad.

Ecología de saberes...y de prácticas

Eugenio Ferrer:

La globalización económica también es (aunque no lo parezca) globalización cultural: modelos hegemónicos, industria cultural global, prototipos dominantes, exotización de la diversidad cultural, criminalización de las alteridades radicales, cosmopolitismo “occidental”, etc. Todas estas cuestiones, por los medios y los recursos empleados por los grandes centros de producción cultural, tienden a traspasarse (de eso se trata la dominación hegemónica) hacia los países no desarrollados del sur global a través de la divulgación por las más diversas instituciones: mass media, ONG y todo un tejido social acrítico que va asentando una determinada idea de “sentido común”, lugares donde estos modelos se reproducen y naturalizan.

En el contexto de esta cultura dominante, que podríamos denominar epistemologías neocoloniales (o epistemologías del Norte, en la acepción de Boaventura de Souza Santos), es donde se inscribe —a contra sensu— la noción de una ecología de saberes (y de prácticas) que considera concepciones subalternas o contraculturales, las cuales pueden incluir el pensamiento-acción feminista, las luchas indigenistas, los movimientos por los derechos de los negros, el activismo ecologista radical, etc. El denominador común de todas ellas es



(en diversas formas e intensidades) una resistencia a la dominación (patriarcal, racial, étnica, etc.) y, en alguna otra medida, una voluntad emancipadora, con sus propias epistemologías, productora de saberes-otros, imaginarios y conocimientos populares, etc. En este hilo argumental ¿cómo es posible una articulación entre prácticas creativas académicas y estas ecologías de saberes no académicas? ¿O a través de cuáles recursos y métodos se gestionan estas agendas tan diversas y contradictorias?

Enrique Nieto:

Creo que las descripciones que haces de cada asunto son muy certeras; cada una de ellas es casi como un pequeño documento que podría dar lugar a un seminario o a una mesa redonda donde expandir el sentido de lo que planteas, ya que son cuestiones que nos interpelan directamente y con mucha urgencia. Creo, además, que el aula es el lugar ideal para activarlas y lanzarlas en múltiples direcciones. Es muy deseable que consigamos interpelar a los estudiantes a través de nuestros enunciados, que se sientan nombrados o mirados en sus preocupaciones, que se sientan realmente involucrados en el curso.

Respecto de la cuestión colonial, creo que en mi caso debo ser muy precavido, precisamente porque desde un punto de vista decolonial soy un sujeto preocupante, y

así me siento. De la decolonialidad o del feminismo me interesan las epistemologías que despliegan, que pueden ser útiles para cualquier proceso emancipatorio, y no solo para sus intereses originarios. No creo que haya problema alguno en esto sino todo lo contrario. En mi caso, desde la periferia de España y casi en contacto con el norte de África, nos sentimos arquitectónicamente colonizados por Madrid y Barcelona, y académicamente por el mundo anglosajón. Madrid y Barcelona todavía hoy sancionan qué es y qué no es arquitectura en España, lo que debe y lo que no debe ser considerado como arquitectura; mientras que el mundo anglosajón nos dicta qué es y qué no es investigación, como también los modos de evaluarla.

Por otro lado, de nuevo arranco por mi preocupación 'por lo que ocurre en el aula'. Es decir, por cómo ciertos saberes se articulan en ciertas prácticas regidos por ciertas políticas y por ciertas estéticas. Desde esa óptica me interesa la aproximación que hace Isabelle Stengers a la ecología de prácticas. Para ella, el capitalismo habría atacado precisamente el corazón de nuestras prácticas, despojándolas de su dimensión fundante y convirtiéndolas simplemente en un asunto de máxima eficacia, de manera que las prácticas solo nos interesan o se miden por su capacidad productiva. Sin embargo, para Stengers y mucha más gente, el mundo acontece con toda su plenitud es en el corazón de las prácticas;

y es en su interior donde las éticas pueden alumbrar alternativas, resistencias o políticas diferentes. De ahí su importancia política. Sobre todo, lo que sucede en el taller de proyectos es que estamos juntos y juntas durante mucho tiempo. Convertir ese tiempo en un acontecimiento es nuestra responsabilidad, nuestro imperativo ético. Por tanto, no se trata en ningún caso de una confrontación entre teoría y práctica. También la teoría 'acontece' en forma de prácticas específicas.

Respecto de los saberes no académicos, diría que paulatinamente fui consciente de que los 'recortes' disciplinares convertían nuestros asuntos propios en algo aburrido, con interés únicamente para los expertizados desde la academia. Por el contrario, los estudios críticos como la ecología política, la decolonialidad o los feminismos, tratan asuntos que nos atraviesan a todos. Todos estamos afectados por el calentamiento global, por la ambición desaforada de las forestales o por los incendios que nos asolan. Lo que caracteriza a los estudios críticos es que tratan temas sin recortarlos disciplinarmente. Un incendio en un parque natural es algo que afecta a todos los campos del saber, es percibido por todos como un asunto relevante. Igual sucede con la violencia de género o con la posición en la que hemos dejado a las minorías étnicas. Y es aquí donde la transdisciplinariedad aparece con toda su fuerza, no como una nueva disciplina ni como un imperativo, sino de una manera más especulativa, tal y como las cosas se habían abordado hasta hace no demasiado tiempo y, por supuesto, nunca reducidas a las epistemologías occidentales. Podemos estudiar la música como un fenómeno recortado de sus contextos, aislado en unos laboratorios que llamamos conservatorios, pero se trata de un recorte poco útil para afrontar los retos del presente. En nuestro caso, necesitamos sentirnos interpelados como arquitectos o arquitectas por los asuntos que nos competen a todos y todas.





De manera particular, pienso que los saberes menores (Braidotti) o subyugados (Foucault), necesitan de metodologías distintas a las que usamos para los saberes normativizados por la academia. Porque, queramos o no, estas metodologías se han conformado a la vez que esos saberes, forman parte de la misma matriz colonial. Es en este sentido que prefiero hablar de prácticas que de metodologías; es un término más compartido. Por eso hago tanto énfasis en las prácticas, para no olvidarme de que los saberes siempre se hacen presentes en formas materiales y en contextos particulares, a menudo inobservados.

Lo humano y lo no humano

Eugenio Ferrer:

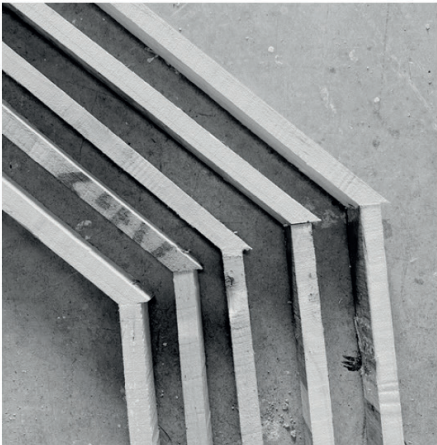
Haciendo un giro desde la epistemología a la ontología, también has mencionado la categoría de lo “no humano”, como ruptura radical, lo cual nos remite a lo social en Latour, quien amplía los criterios que definen lo social, incluyendo a los humanos y las cosas en una misma red de relaciones. “Cosas” podrían entenderse desde las cosmologías indígenas que tienen un trato con la naturaleza inanimada y los objetos rituales con los cuales establecen relaciones fenoménicas no cosificadas, hasta las tecnologías de punta que desarrollan aplicaciones de inteligencia artificial que desvanecen las fronteras ontológicas entre lo humano y lo no humano.

Por otra parte, Haraway incluso señala que el cibernético es nuestra propia ontología contemporánea. Desde cierta perspectiva, esta entidad protésica sería una imagen condensada de nuestra condición híbrida que diluye y transgrede las trazas binarias entre masculino-femenino;

biológico-mecánico; humano-animal; máquina-mente, etc. En tu trabajo, estas categorías ¿tienen, por el momento, un alcance reflexivo y teórico o también son incorporadas en las experiencias creativas concretas (y de qué forma se imaginan, exploran y activan)?

Enrique Nieto:

Me gusta mucho la manera en que formulas esta pregunta porque propone, al menos de manera implícita, la incertidumbre como un lugar importante donde permanecer. No es posible ni deseable tener respuestas rápidas para todos estos ‘sustos’ que el pensamiento contemporáneo incorpora a nuestra cartera de cuestiones a las que atender. Solo podemos ‘permanecer en el problema’, como dice Haraway. Es decir, solo podemos comprometernos con intentarlo y con dar cuenta de nuestro esfuerzo. En el ámbito de la arquitectura —materia profundamente humanista— es muy complicado hablar de lo no-humano y, a menudo, queda reducido en las escuelas a poner árboles o a dimensionar las cosas en función de las necesidades animales. Necesitamos insistir mucho en que no es solo eso para ir seleccionando aquellas experiencias que nos mueven el piso y para poder examinarlas en el aula —compartirlas y testearlas— para darles tiempo de vida. Es un camino largo para el cual hay que tener paciencia. Me resulta sorprendente que a estas aperturas que planteas a menudo se le exigen más garantías que a los parches tecnológicos, por ejemplo. ¿Quién puede demostrar que poniendo placas solares vamos a cambiar la dirección del cambio climático? ¿De verdad podemos confiar en ese relato? Sin embargo, lo asumimos como mal menor y no le exigimos más pruebas al respecto, mientras trasladamos



Proyecto La Fragilidad del Tiempo de estudiantes de la Línea Vinculante. Prof. Manuela Jacard



todas nuestras sospechas a aquellas cuestiones más frágiles, pero ciertamente más necesarias por cuanto plantea cambios en nuestros modos de vivir. Incorporar lo no humano al taller de proyectos implica, sobre todo, conocer y debatir las diferentes perspectivas al respecto y es algo que hacemos de manera específica en seminarios teóricos y en asignaturas optativas; y de manera puntual, más incierta, en los talleres. Incorporarlas como tema de curso es algo que hacemos unos pocos y que requiere asumir ciertos riesgos. Asumir, por ejemplo, que los resultados serán peores a corto plazo que si los temas de curso están más consensuados y existen metodologías más sancionadas por la costumbre. En este sentido, habría que cuestionar el resultadismo que impera en nuestras escuelas, y que a veces gestiona incluso la organización completa de nuestros temarios. A veces parece que de lo que se trata es de tener resultados accesibles, reconocibles y a corto plazo. Tratar estos temas que mencionas exige ser prudentes, armarse teóricamente, pero también suspender el juicio, ser tolerantes frente al fracaso y al error, algo de lo que nos gusta hablar, pero que en pocas ocasiones sabemos poner en práctica.

En cualquier caso, es importante aclarar que lo no humano no se reduce al ámbito de las plantas y los animales. A mi juicio, interpela a todos aquellos seres excluidos del festín de la modernidad, como mujeres, ancianos, comunidades ancestrales, personas vulnerables o con diversidad, comunidades y saberes no modernos, etc. Pero también interpela a entidades como el clima, las montañas o los ríos, entidades que a menudo solo hemos sabido tratar y tocar en la universidad como un telón de fondo inmutable y necesario para nuestro progreso occidental. Por lo tanto, mi respuesta sería que como profesor o profesora de taller debemos ser capaces, para abordar en clase estos asuntos, manejar rigurosamente los textos y los saberes más avanzados al respecto, así como ser conscientes de los riesgos y las pérdidas que

asumimos y la fragilidad en la que el proyecto entra cuando los queremos incorporar en forma de prácticas. Eso sí, con seguridad merece la pena afrontar estos riesgos, es nuestra responsabilidad comprometernos con este reto.

La condición de la obra y consecuencias

Eugenio Ferrer:

En los ejemplos que has expuesto en el seminario, la obra como producto parece flotar en una zona incierta, donde el proceso de producción se confunde con la obra misma y la recepción, incluso, puede ser activa y comprometida, y no solamente un acto de observación pasivo. Así también, se puede advertir que los contornos entre los procesos investigativos y las realizaciones concretas se esfuman o resultan indistinguibles. Esto también está relacionado con la falsa dicotomía entre teoría y práctica (y proyecto y acción) y mucho menos con su relación lineal, todo lo cual tiende a redefinir el rol del artista o del creador, siendo ahora más bien parte de un proceso al cual le ha dado origen, pero desconoce sus derivaciones o bifurcaciones posibles.

Estos cambios tienen consecuencias importantes y en varios sentidos, pero quiero plantear lo siguiente: si la obra y el autor, el proceso y la recepción sufren mutaciones radicales respecto de los formatos tradicionales de creación ¿Cuál es el papel del docente o el rol de la docencia misma en esta ecuación? ¿Qué metodologías pueden ser empleadas, mediante qué modelos de evaluación proceder? O más bien ¿deberíamos ser capaces de desactivar esos mecanismos que le son propios a los modelos tradicionales, pero ineficaces en un universo postdisciplinar?

Enrique Nieto:

Los retos que planteas son muy importantes y nada



sencillos, ya que sus primeras consecuencias son la pérdida de estabilidad y de 'resultados apropiados' a corto plazo. Además, modifican nuestros estatutos y la autoridad de nuestros saberes. En palabras de Rancière, modifican el lugar que ocupan los cuerpos, los decires y los pensares. No es fácil tener respuestas generales para estos retos, tan urgentes por otro lado, sino que cada uno iremos abriendo caminos desde nuestras propias experiencias y posibilidades. Lo que sí es importante es crear foros seguros donde compartir afectivamente estas cuestiones, donde las dudas y los errores puedan ser socializados y donde la ayuda mutua pueda hacernos fuertes en estas búsquedas. Me atrevería a decir que quizás por eso la universidad está tan interesada en impedir que estas células cálidas ocurran; por eso ponen tantas trabas para financiar aquello cuyos resultados no sean previsibles, ya que es la estabilidad de la propia institución la que está en peligro.

No sé bien por qué, pero me vienen en este punto a la memoria los textos sobre educación de Bell Hooks. Ella se vio confrontada muy joven con la enseñanza desde su radical ser mujer negra y fuera de los polos progresistas de unos Estados Unidos todavía muy segados por el racismo. Su respuesta tuvo que ver con atender los 'asuntos de vecindad'. Es decir, atender desde la enseñanza aquello que tenía más próximo, aquello que le venía de frente, al margen de las mallas y las desideratas curriculares. En sus textos, menciona constantemente a estudiantes con nombres y caras específicas, afectados por problemas concretos. Diría que su labor consistía en atender localmente problemas globales; de ahí la importancia de su progresiva formación en el feminismo y en el antirracismo.

Me interesa también hablar de la evaluación, un asunto crucial para afrontar esta pregunta. A mi juicio, tenemos que someterla a algunos desplazamientos. Por ejemplo, desplazar la evaluación de lo que la universidad hace



con el estudiante –transformarlo en arquitecto– a lo que el estudiante puede hacer con la universidad; es decir, pensar cómo hacer avanzar la universidad desde la radical presencia de un estudiante que enacta¹ con suma violencia los cambios en curso. Otro ejemplo: desplazar la evaluación desde el ámbito de lo que las cosas son a lo que las cosas hacen o cómo las cosas nos afectan. Esta frase se entiende bien si sustituimos la palabra cosa por la palabra arquitectura o la palabra edificios. Hoy en día no es tan importante la apariencia o la definición geométrica de un edificio, sino cómo nos afecta o cómo se relaciona con su entorno. Desplazar también la evaluación del mundo de lo probable al mundo de lo posible. Lo probable tiene que ver con lo que ya sabemos, mientras que lo posible tiene que ver con las intuiciones acerca de lo deseable. Por ejemplo,

IN. del E.: Enrique Nieto utiliza este neologismo para referirse aproximadamente a la idea de corporeizar.



desde nuestro conocimiento disciplinar podemos afirmar que probablemente un edificio que cumpla con los paradigmas modernos estará bien. Pero para tratar los asuntos que estamos hablando nunca podremos afirmar esto, pero sí podremos hablar de las posibilidades que cada proyecto abre, de las transgresiones que induce, de las rupturas que explora. En este sentido, no se trataría tanto de 'corregir' los proyectos, sino de debatirlos colectivamente para testear estas rupturas y estas posibilidades que abre, así como para fortalecerlos en las direcciones que colectivamente consideremos más relevantes. Es decir, estaríamos hablando de un profesor que ya no quiere ser 'el guardián de la tribu', y de un estudiante que quiere convertirse en un ciudadano capaz de hacer política a partir de las herramientas particulares que le ofrece la arquitectura, en nuestro caso.

Lugares de excepción

Eugenio Ferrer:

En tus intervenciones has destacado el papel que puede jugar la Línea Vinculante en procesos de transformación de las prácticas creativas aquí en la facultad. Si bien es una línea relativamente pequeña (respecto de los currículos), puede constituirse como un dispositivo de activación crítica importante que interpela los modos de hacer, para (en tus palabras) interpretar o pervertir la malla.

En este sentido, las prácticas creativas que fomenta la Línea Vinculante no se proponen como solución de algo; no son funcionales a nada, no pretenden convertirse en asistencialismo social, sino que son concebidas como creación de mundo para proponer nuevas preguntas o interrogantes en las condiciones de vida contemporánea. Se trata de, y vuelvo a citar tus palabras, construir lugares de excepción. Lugares que alteren las estructuras rígidas y las ontologías cerradas. Es decir, la Línea Vinculante como espacio de transformación y riesgo, y también espacios



de deseo e imaginación. Al respecto ¿cuál ha sido la experiencia en Alicante (modelo Alicante) a la hora de realizar transformaciones de este tipo? ¿En qué medida esa experiencia puede ser replicada o, por el contrario, es imperativo transitar por senderos propios? ¿Cuáles son tus recomendaciones o sugerencias al respecto?

Enrique Nieto:

En primer lugar, quiero relatar la importancia que puede tener la Línea Vinculante para el futuro de la facultad. Por un lado, para ayudarles a repensar la malla y, quizás más importante, para fomentar un sentido de comunidad que toma sus propias decisiones. Creo que su existencia es un logro envidiable y que los 'posibles' que con ella se abren son enormes. Creo, además, que no es casual que aparezca en una universidad lejos de Santiago y fuera del alcance de los sistemas de vigilancia que despliegan las capitales. Nosotros, en Alicante, nunca conseguimos



Proyecto Ritmo Presente de estudiantes de la Línea Vinculante. Prof. Javiera Medina

institucionalizar nada parecido. Al principio, hablábamos de nuestra escuela como un Sistema de Prácticas, es decir, como un lugar que se podría caracterizar por la singularidad de las prácticas que con el tiempo íbamos diseñando. Básicamente, consistía en no dar por sentado lo que podría llegar a ser un primer curso, o un proyecto de título, más allá de lo que ya conocíamos; pero también comprender la importancia de poder diseñar y organizar imaginativamente ‘lo prescindible’, lo que no es la malla curricular, como son las reuniones, las comidas todos juntos, las conferencias, etc. Lo cierto es que muchas de esas prácticas han ido desapareciendo poco a poco por el peso normativo de la institución y, ¿por qué no decirlo?, porque es agotador tener que pensarlo todo y todo el tiempo. A esto se junta que asumir la pérdida de manera positiva es muy complicado y al menos para mí, una tarea siempre por hacer. En ello estamos y la gente joven es la que nos está ayudando a conseguirlo. Pienso que es importante asumir que este tipo de experiencias son finitas y, por esto mismo, tratarlas con la máxima intensidad mientras duren. Tenemos que luchar contra la nostalgia y la melancolía, sin duda dos de los silenciosos motores de la modernidad, pero muy peligrosos.

Quiero también compartir la importancia de aprender a socializar las experiencias que se consigan. Esto nosotros no lo supimos o quisimos hacer, mientras que en otros lugares como en Talca, fue determinante para que su experiencia llegara a ser conocida y conseguir ser relevantes en nuestro mundo conectado. Personalmente, me he movido mejor en el ámbito del anonimato. Siempre me he sentido extraño en las bienales y ese tipo de lugares tan expuestos, aunque siempre procuro estar y participar, no tengo problema con eso. Pero creo que el anonimato impide ser aplastado por la normalización que imponen las universidades y los sistemas de prestigio. De alguna



manera, se vive mejor así. No es fácil escapar de los estándares de calidad impuestos por la Universidad Católica de Santiago, por ejemplo. Se trata de estándares invisibles, pero su existencia y su obsesión normalizadora y reproductiva es muy obvia. Bueno, mejor no sigo este hilo... Socializar las experiencias también tiene que ver con generar tejido, con configurar lugares de pensamiento y acción compartidos que nos permitan hacernos fuertes en nuestros intereses, y aprender colectivamente. Ahí queda mucho por hacer.

Otra cuestión compleja es la de la diversidad. El acceso a lo visible casi siempre comporta una normalización de las experiencias y, por tanto, una reducción de la diversidad. Siempre conoceremos cualquier experiencia colectiva, por compleja que sea, a partir de aproximaciones y visiones parciales y sesgadas. Lo cierto es que tenemos que hacer el esfuerzo por no tomar el todo por la parte, por no reducir la realidad a lo que podemos acceder de ella. Y ahí aparece la generosidad como un horizonte, especialmente en un contexto como el universitario, tan competitivo y tan sometido a unas lógicas de la escasez poco abiertas a la cooperación y el desarrollo mutuo.

